

Fuerzas Armadas y Tupamaros

Libro removedor (*), destructor de olvidos y de memorias falsas, es éste que intenta, y en buena parte logra, desentrañar la verdadera situación que se vivió al enfrentar las FF.AA. al movimiento tupamaro, desde que en setiembre de 1971 contaron con el aval del Poder Ejecutivo.

El tema bien merecía un libro así, el que intentan y consuman dos periodistas entonces adolescentes. Subtitulado con orgullosa modestia "investigación periodística sobre 1972", no pueden en efecto aspirar a hacer "historia", al tener que recurrir a tantos residuos de información, testimonios más o menos trunco y algunos datos, muchos de ellos incomprensibles de nacimiento, con todo lo cual, sin embargo, logran compaginar secuencias y deslindar motivaciones, armando en conclusión un panorama de incuestionable factibilidad.

Como casi todo era clandestino o arbitrariamente manejado, aquello se vivió como una confusión a la que en vano se pretendía simplificar tendenciosamente de un lado u otro. Los autores atinan a exhumar documentos, testimonios e indicios sugestivos, muchos incompletos por voluntad expresa, por temor, o por ignorancia parcial de lo que acontecía, cuya resultante a pesar de todo es de una muy plausible verosimilitud.

El centro elegido es la llamada "tregua" vivida en julio de 1972, cuando el MLN no era enfrentado aún como un caso de irremediable delincuencia. Asistimos de ese modo a su aparición como un movimiento de crítica y regeneración social, ya no como una banda de meros delincuentes, sino reencarnación de Robin Hood, el ladrón dadivoso. Y así fue que entre los carceleros cundió ese espíritu removedor afín al "peruanismo" de actualidad entonces. Ese diálogo, entre las prevenciones del caso, se estableció con perspectivas de acuerdos en los que se interesaron no pocos militares, algunos de ellos jefes de alta graduación. Líderes tupamaros y jerarquías castrenses, con el conocimiento incluso del Poder Ejecutivo, negociaron sobre la base de combatir los ilícitos de carácter económico y a sus responsables más notorios, concibiendo así el establecimiento de planes de desarrollo, reforma rural, ley de pesca, que en parte darán motivo después a los correspondientes planes de los militares golpistas. Los numerales 4 y 7 atribuidos al coronel Trabal reflejaban en parte esas aspiraciones. Los detalles de esos contactos trascendieron en medios gubernamentales. En la Cámara, Michelini describió la situación con claridad meridiana. Políticos conceptuados intentaron apersonarse a los jefes tupamaros. Como dijera Ferreira Aldunate, había que hacer cola para hablarles, lo que él mismo no pudo conseguir. Pero predominó finalmente el sector militar más conservador, de tendencias golpistas, así como la intervención de grupos oligárquicos que interpusieron su influencia frenando y erradicando los propósitos esclarecedores de los delitos económicos. La situación atravesó alternativas diversas, que los autores especifican, pero que condujeron irrevocablemente a una represión irrestricta.

Sobrevino después la reanudación de la violencia. No poca influencia tuvo entonces la participación de Amodio, delator y promotor de acercamientos irrisorios, minuciosamente descritos, aunque todo apreciado entre las consiguientes brumas. La índole de los hechos reseñados aparece casi siempre atestigüada, incluso por facsímiles de documentos, pero tanto los militares, como los políticos, como los insurgentes debían actuar con la reserva que les imponían sus respectivas situaciones así como los compromisos a que estaban sujetos, por lo cual lo que pudo exhumarse no pasa de ser una abreviatura de lo que en realidad ocurría. Resulta sobre todo problemática la extensión que, en esos distintos sectores, alcanzaron todas y cada una de las incidencias registradas. No faltan por cierto informaciones que revelan la extensión, muy poco conocida, que alcanzaron las discordancias con los mandos entre los militares, de los que hubo cientos de destituidos, sobre todo en la oficialidad joven.

En 1973 y 1974, según se infiere, no fueron decisiones tan claramente mayoritarias las que sepultaron finalmente aquellos intentos acuerdistas y las que decidieron la radicalización del ejercicio del poder. Queda en particular sumergida bajo los hechos más notorios la participación o influencia que en las resoluciones adoptadas tuvieron los sectores oligárquicos y los partidos políticos sobrevivientes. Y es que hacer historia de tales entretelones es ya un terreno muy resbaladizo, en el que por lo demás los autores no se comprometen. En verdad, y a la luz de los acontecimientos que fueron aflorando desde 1980, cabe compartir las apreciaciones de Vasconcellos, Ferreira Aldunate y Seregni que aparecen transcritas. El segundo remite al día en que se pueda al fin revelar la "ceguera" y "la total ausencia de grandeza y la falta de visión histórica con que se vivieron tales hechos". Y Seregni, por sobre hechos, treguas y antitreguas cuyas peripecias más visibles se reseñan, rehabilita la historia más cabal, la "verdadera historia patria", la que "no se produce en la negación oculta, en la transacción reservada a unos pocos". Y no deja de señalar "la corrupción que da el poder", tanto más cuanto ese poder es más arbitrario y más total.

Lo exhumado en este libro no llega en resumen a ser historia, pero no pierde por eso efectividad y valor parcial de información. De esta visión caleidoscópica se extraerán en efecto sugerencias que iluminan recovecos poco transitables de lo que alguna vez podrá llegar a ser tal vez historia.

Washington Lockhart

(*) Nelson Caula - Alberto Silva: Alto el fuego, Montesexto, Montevideo, 1986.